



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.



TIENDO pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Valdivinos y del marques de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y asi con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿ Donde estás , señora mia ,
Que no te duele mi mal ?
O no lo sabes , señora ,
O eres falsa y desleal .

Y desta manera fue prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen :

O noble marques de Mantua ,
Mi tio y señor carnal .

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo , que venia de llevar una carga de trigo al molino ; el cual viendo aquel hombre allí tendido se llegó á él , y le preguntó que quién era , y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marques de Mantua su tio, y así no le respondió otra cosa sino fue proseguir en su romance , donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta (1). El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo: y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: señor Quijada (que así se debía de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante) ¿ quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? pero él seguía con su romance á cuanto le preguntaba.

(1) Este romance, compuesto por Gerónimo Treviño, consta de tres partes, y se imprimió en Alcalá año de 1598.—Arr.

Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento por parecerle caballeria mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro del asno, y se encaminó hácia su pueblo bien



pensativo de oír los disparates que don Quijote decia; y no menos iba don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese (1) qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto olvidándose de Valdovinos se acordó del moro Abindarraez cuando el alcaide de Antequera Rodrigo de Narvaez le prendió y llevó preso á su alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que él habia leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor donde se escribe (2); aprovechándose della tan de propósito que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo por excusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy don Rodrigo de Narvaez ni el marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Valdovinos ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quien soy, respondió don Quijote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho,

(1) *Le preguntase, le dijese que mal sentia.* En todas las ediciones, inclusa la última de la Academia, se dice así. El *le dijese* creo que sobra aqui; es sin duda un pegote de la imprenta.—Arr.

(2) Era Abindarraez del linaje tan aplaudido de los Abencerrajes de Granada, y desterrado de ella, se crió en Cártama, en casa de su alcaide, que tenia una hija de singular belleza, llamada Jarifa, de quien se prendó.—P.

sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la fama (1), pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anoche-
cia; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero (2).

Llegada pues la hora que le pareció entró en el pueblo y en casa de don Quijote: la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el cura) de la desgracia de mi señor? Seis dias há (3) que no parecen el ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerias que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre sí que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: sepa, señor maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las heridas que habia recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarró de agua fria y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traído el sabio Esquife (4) un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marques de Mantua que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda que cure y cate de mis heridas. Mira en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en

(1) Siempre he oido decir, por encarecimiento, *los nueve de la fama*, y no he sabido sus nombres. *Pol.* Los nueve de la fama fueron tres hebreos, Josué, David y Judas Macabeo, tres gentiles, Hector, Alejandro Magno y Julio César; tres cristianos, Carlo Magno, Artus y Godofré de Bullon. (*Carranza*, f. 255).—Arr.

(2) *Caballero*, es aqui lo mismo que *gínete* ó persona puesta á caballo.—C.

(3) Cervantes ha cometido un ligero descuido en decir *seis dias*, pues la ausencia de don Quijote solo fue de un dia y medio como resulta de la lectura anterior.—M. DEL ROMERO.

(4) Su verdadero nombre es Alquife, que fue el sabio que escribió la crónica de Amadis de Grecia. Acaso la sobrina de don Quijote estropeó el nombre de este encantador.—P.

buen hora, que sin que venga esa *Urganda* (1) le sabremos aqui curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerias que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole (2) las feridas no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo combatiéndose con diez jayanes (3), los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada (4) que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle á don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hizose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á don Quijote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fue poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fue llamar á su amigo el barbero maese Nicolas, con el cual se vino á casa de don Quijote.

(1) Sin que venga esa *Urganda*. En las ediciones de 1605, sin que venga esa *Urgada*.—A.

(2) Esto es, registrándoselas. Es expresion tomada de los libros de caballerias, á que alude aqui Cervantes.—Arr.

(3) Nombre que se da á los gigantes en los libros de caballerias.—P.

(4) *Para mi santiguada* es una especie de juramento en forma de protesta, amenaza, ó exclamacion, que equivale á estas otras, que en el dia se usan; á fe mia, por quien soy, por el santo de mi nombre, por el de Dios en quien creo; etc. etc.—Arr.

Respetando el parecer y autoridad de la Academia, digo que me adhiero al testo de las dos primeras ediciones, y que se debe conservar el *Urgada* en lugar de *Urganda* que se ha corregido con lo cual se ha quitado el chiste y gracia á la expresion del ama, la cual, así como la sobrina el de Alquíle, y Sancho tantos otros, estropea este vocablo, resultando de ello un hermoso contraste de la ridicula gravedad y erudicion de don Quijote con la sencillez é ignorancia de su ama; dejando á parte la graciosa y maliciosa equivocacion que resulta del *Urganda* con el epíteto *urgada*, aplicado á una mujer.—Arr.

